

LUISA SANTAMARIA SUÁREZ

LAS TERTULIAS RADIOFÓNICAS Y
TELEVISIVAS, MANIFESTACIONES ATÍPICAS
DEL PERIODISMO DE OPINIÓN

Hay en la actualidad un fenómeno comunicativo que nos está invadiendo desde no hace mucho tiempo. Se trata de las tertulias radiofónicas y televisivas que representan un modo expresivo en el fenómeno de la opinión y no fácilmente clasificable dentro de los subgéneros del comentario. Angel Benito (1) llama a la tertulia radiofónica nuevo género informativo que ha enriquecido la programación de las emisoras de radio. Para Miguel Angel Gozalo (2) las tertulias han elevado la charla de café a la categoría de género periodístico.

En un intento aproximativo se puede buscar a estas tertulias algún paralelismo con la columna de opinión, en su modalidad de la columna de los colaboradores, porque de algo de eso se trata. La escena es la siguiente: un periodista radiofónico es el titular de un espacio, espacio que utiliza para convocar a unos colaboradores -en su mayoría columnistas de renombre- e inducirles a opinar de algunos temas, donde el titular hace de moderador. Sabido es que la columna de los colaboradores, según la división de columnas que hace F. Fraser Bond -clásico de las escuelas de periodismo norteamericanas-, es aquella, de entre la ocho columnas mencionadas por el autor, en la que tienen cabida aficionados a la poesía y a la sátira y los inventores de chascarrillos. El responsable de la columna en el periódico se relega a segundo término y se limita a seleccionar.

En opinión de Lorenzo Gomis (3) las tertulias compiten ventajosamente con las películas y resultan más baratas. Se puede hablar de temas nuevos, actuales, polémicos, delicados, complejos. Los autores trabajan en directo y frecuentemente sin guión. El moderador, además de moderar suele tener especial empeño en desviar la conversación cuando toma un giro que puede

resultar comprometido para su espacio, con lo que contraría al auditorio que quiere llegar a las últimas consecuencias y, por supuesto, corta en el momento más interesante. Hay que tener en cuenta que se opina dentro de una vigencia de normas de la que raramente se sale. Se aceptan los convencionalismos del pensamiento dominante y como normalmente los contertulios son personas de más cualificación intelectual que el moderador radiofónico, en algunos momentos, éste puede verse en situaciones comprometidas que los tertulianos no prolongan por previo acuerdo y de los cuales tiene que salir por medio de su habilidad profesional. Lo normal es que dé un giro copernicano a la conversación.

Las charlas de radio han tenido más éxito que las de la televisión y tienen mucho que ver desde todos los puntos de vista con la tertulia tradicional, la que se instaló en España hace casi ya dos siglos, según el profesor Enrique Tierno Galván (4). Aquella tertulia era una forma de convivencia peculiar de los españoles. El pensamiento resumido de Tierno Galván a este respecto es que las tertulias son un producto de la ociosidad. Tiene una tendencia peyorativa a significar ese estado de no hacer nada en el que se dice que se ha estado perdiendo el tiempo.

Desde luego el tertuliano lo que hace en la tertulia es opinar. "La tertulia es un grupo de ociosos que se aglutina por la fruición de opinar". Opinar equivale aquí a "enjuiciar desde un conocimiento insuficiente apoyándose en la intuición".

La admirable intuición del tertuliano le permite criticar la concepción einsteiniana del cosmos y a renglón seguido un partido de fútbol o una corrida de toros. Sin duda ninguna eso exige una cierta complejidad. Cada uno tolera y, en principio, admite lo que dicen los demás, siempre que los demás toleren y en principio, admitan lo que dice él. Pero, además, se supone que, aunque sea de modo transitorio, cualquiera que entre en la zona neutralizada de la tertulia acepta la convención.

Para el tertuliano, la tertulia es todo, menos trivial. Es en cierto modo lo contrario, ya que la tertulia es el lugar donde se franquea con mayor autenticidad. En todo caso, la trivialidad se muestra aquí como el vehículo socialmente inexcusable para que el español medio haya podido, durante cerca de dos siglos, sentirse auténtico.

Hay unas notas características de la tertulia en general que ayudan a comprender su estructura y funcionamiento. Para los tertulianos, la tertulia es un medio de liberación y la tertulia misma es el resultado de un conjunto de liberaciones coincidentes. De aquí que la tertulia sea en cierto modo el sustitutivo sedentario de la aventura y de aquí también que tanto se goce de la condición de contertulio. La distinción rigurosa entre verdad y mentira pierde sus valoraciones normales, pasando a otro plano caracterizado, por la convención, aceptada tácitamente por todos los tertulianos de que sólo en la medida en que opinar lo exige, la verdad es la verdad y la mentira, mentira. La tertulia tolera pues, en principio, una liberación inofensiva del rigor mental implícito en la distinción en cada caso vigente entre lo verdadero y lo falso.

Junto a esta motivación hay otra que responde a la misma motivación profunda y que pudieramos llamar liberación de la domesticidad, entendiendo

por domesticidad la vida sumisa al canon de la convivencia regular. La tertulia, en cuanto sustitutivo de la aventura, permite hablar de caza, de raptar doncellas o dialogar con Su Santidad en el mundo convencional e imaginado de la "frucción de opinar". Sólo en la actividad fecunda de este opinar sin compromisos puede el español decir "lo que le dé la gana". Únicamente en la tertulia tiene vigencia la gana, esa actitud inventada para equilibrar con el deseo, la servidumbre y aún el servilismo social y político en que durante siglos ha vivido. En la tertulia perfecta, la mentira sólo existe como posibilidad; la verdad señorea en la medida que nadie confía en que se corresponda con el otro plano de la verdad.

A la liberación del rigor y de la domesticidad hay que añadir una tercera: la liberación de la ignorancia; desde que se participa en una tertulia ningún saber le es a uno extraño. La tertulia libera, sumiendo en un tipo notable de opinión, la de opinar consciente, por cuya nota de ser consciente se aparta del carácter de doxa y entra en un mundo especial en que la opinión se hace purificadora.

El hecho de que Don Quijote fuera un tertuliano ejemplar, con la ambición urgente de constituir sin más y donde quiera una tertulia, denota hasta que extremo el mundo irreal de los tertulianos se acopla a la común anomalía española de la doble personalidad. La opinión libera haciéndonos otros, pues tal es el sentido psicoterapéutico de la retórica en cuanto arte de persuadir a los demás de que somos lo que nos gustaría ser.

Historia de las tertulias

La primera definición de tertulia que se conoce es la de Cadalso: "Cierta número de personas que concurren con frecuencia a una conversación". También el vocablo contertulio implica una dignidad y por tanto cualificación social, ya bien entrado el siglo XIX. Durante algún tiempo, la palabra tertulia fue sinónimo de academia. Esta última se utilizaba en el Barroco con el significado concreto de lo que hoy llamaríamos tertulia literaria. La tertulia se vincula a la clase media y señala durante el siglo XVIII una reunión casi familiar y casera que denuncia cierta especialización en los temas.

En la plenitud del siglo XIX la tertulia se generaliza. Todo espectador es tertuliano a la vez que espectador de las tertulias. En pleno auge de la tertulia se intenta averiguar el porqué de ese nombre y se anda detrás de textos y comentarios que aclaren su origen. El Averiguador Universal (5), que ofrecía resolver cuantas dificultades eruditas le propusieran sus lectores, contestaba después de inútiles rebuscas, que acerca de tertulia nada concreto había podido hallar y que repetía sin documentos la hipótesis según la cual la palabra procedía de Tertuliano, autor citadísimo por los clérigos de nuestro Siglo de Oro, que se reunía a charlar de asuntos sagrados y profanos. De aquí, de su empedernido tertulianismo, salió que se les llamara tertulianos y a sus reuniones tertulias. Y más tarde se extendiese la palabra para designar los elementos altos de los teatros donde se reunía la gente culta y de respeto.

La tertulia muere poco a poco en el siglo XX. Sobre todo cuando desaparecen los cafés y España se va desquijotizando. Los tertulianos se retiran a sus casas, más cuidadas que las del siglo pasado y da la impresión

de que ha desaparecido el ocio vicario. La estructura social española cambia realizándose en las formas en que se estructuró la sociedad europea a mediados del siglo pasado. Las tertulias, desaparecidas, se transforman en peñas que suelen ser de índole deportiva o tauromáquica.

El momento actual

Con la llegada de los socialistas al poder, ese fenómeno del que hablabamos se reaviva y se impone de nuevo la tertulia en la radio y la televisión, pero es necesario hacer una salvedad. La tertulia radiofónica tiene mucho más gancho que la televisiva, porque ésta es oficialista. La tertulia radiofónica tiene como punto de mira servir de una especie de oposición, donde se critican ampliamente las medidas del Gobierno. La más antigua de todas en este sentido es la de la cadena C.O.P.E. que surgió en las mañanas del programa que dirige Luis del Olmo, "Protagonistas". Era la más antigua y probablemente la que levantó más ampollas, no tanto por los asuntos que trataba, sino por la ironía con que eran tratados estos asuntos (6). Interventían habitualmente cuatro personas -periodistas y escritores de renombre- y entre invitados fijos y ocasionales se contaban dieciseis tertulianos que se iban renovando. Cuando Luis del Olmo pasó a Onda Cero, en la cadena COPE quedaron solamente dos tertulianos fijos, que hicieron comprender que esa no era la fórmula, no se sabe si por falta del antiguo moderador o por el escaso número de tertulianos. En Onda Cero se siguió con la misma fórmula, pero cambiando algunos personajes y el efecto es parecido al anterior.

La espuela comenzó también hace cuatro años en la COPE para trasladarse después a Radio España, donde se emite en la actualidad. Su carácter nocturno la convierte en la más reflexiva de las tertulias (7). El café de la Tarántula tertulia semanal de Antena 3 reunía a un singular trío de políticos: Santiago Carrillo, Miguel Herrero de Miñón y Ernest Lluch, requeridos por Herrero, por "tratarse de personas tolerantes, inteligentes y muy ingeniosas". Reunirlas fue el acontecimiento radiofónico del año (8).

En la otra cara de la moneda se encuentran las tertulias de Radio Nacional y TVE. Consideradas por algunos como contrapunto y un intento de neutralizar las "charlas no oficiales". Diversos profesionales de la radio han criticado su falta de transparencia y libertad en el tratamiento de temas políticos. "Amando de Miguel duró un día en el espacio Escrito en el aire de RNE porque criticaba nada menos que al alcalde de Barcelona" (9).

Parece ser que al poder le molestan estas tertulias de las radios privadas, según anunció el periodista radiofónico Javier González Ferrari, conductor de la tertulia nocturna de la cadena COPE, en su intervención en la mesa redonda dedicada a este género periodístico en la Universidad de verano de El Escorial (10). La moderadora de la tertulia Escrito en el aire de Radio Nacional dijo en la misma mesa redonda que las tertulias están desprestigiadas dentro de la profesión, porque se dedican a insultar.

En esa misma línea de desprestigio está la cadena SER cuyo director general, Eugenio Galdón, asegura que "las tertulias radiofónicas carecen de profesionalidad y confunden la información con el rumor y la opinión". Parecer similar tiene el consejero delegado de El País, Juan Luis Cebrián:

"Los monstruos de la radio, predicadores laicos que no dan noticias y que agitan pasiones a través del micrófono" (...) "tienen derecho a existir pero confunden el papel que deben jugar los medios" (11).

Como puede verse, las tertulias levantan polémica. Atacan al Gobierno y, por su parte, el Gobierno y los medios de comunicación más afines a él, les atacan a ellas. Pero ahí siguen, con el mismo éxito terminando el siglo XX. Su estructura y características generales son muy parecidas a la tertulia que hizo furor en el siglo XIX. Es como si aquella hubiera sido filmada o grabada en una cinta. No es fácil pronosticar cual será el futuro de este género de características tan peculiares. El público queda fascinado ante unos tertulianos que reproducen exactamente los mismos tics que los del siglo pasado, y se hace notar especialmente que los que hablan mejor son los mejores escritores.

Se les puede hacer hablar de temas actuales, polémicos, delicados, complejos. Son personas conocidas, incluso famosas. Casi siempre dominan la cuestión. Cualquiera de los participantes puede decir lo inesperado y no es raro que incluso, cuando no son políticos, se pongan a discutir, con lo que el interés aumenta. Lo que no suele acontecer es que en el curso de una discusión se pierdan los nervios, aunque alguna vez también ha ocurrido...

Estas tertulias radiofónicas y televisivas tienen en común con las decimonónicas la reunión en torno a una taza de café, detalle en el que se insiste a menudo. Y son por supuesto la puerta por donde entra la opinión en unos medios que se habían conservado hasta ahora básicamente informativos y que en esta modalidad de la opinión periodística han tomado la delantera a la Prensa escrita.

DATOS BIBLIOGRAFICOS

1. **BENITO, Angel.** *"Las tertulias"*, artículo publicado en **Diario 16**, 24-XII-90.
2. **GOZALO, Miguel Angel.** *"Señorías al micrófono"*, artículo publicado en **Diario 16**, 16-6-89.
3. **GOMIS, Lorenzo.** *"La charla pública"*, artículo publicado en **La Vanguardia**, 27-XI-89.
4. **TIERNO GALVAN, Enrique.** *"Desde el espectáculo a la trivialización"*, Madrid, Taurus, 1964, p. 247 y ss.
5. **Ibidem**, p. 258.
6. *"Dossier de la semana"*, **Diario 16**, 19-V-1989.
7. **Ibidem**
8. **Ibidem**
9. **Ibidem**
10. **PENEDO, María.** Sección de "Televisión", en **Diario 16**, 23-VIII-90.
11. **RODRIGUEZ, José Luis.** Sección de "Comunicación", en **El País**, 28-IV-90.